

ENSAYO

EXPRESIÓN NO-VERBAL, AFECTO E INTENCIONALIDAD: UNA CONTRIBUCIÓN A UNA COMPRENSIÓN CONTEMPORÁNEA DE LA DIMENSIÓN NO-VERBAL

(Rev GPU 2009; 5; 4: 481-488)

André Sassenfeld¹

En este artículo se presentan algunas relaciones entre dimensión no-verbal, expresión emocional e intencionalidad en el marco de las interacciones humanas. Se enfatiza la importancia de los procesos no conscientes implícitos de decodificación de las señales no-verbales expresivas en los intercambios emocionales entre personas y las funciones relacionales y comunicativas de las expresiones no-verbales. Este trabajo intenta hacer una contribución a una comprensión contemporánea de la dimensión no-verbal en base a los hallazgos actuales en campos de investigación como la investigación de infantes, la teoría del apego, la teoría de las emociones y el estudio de los procesos no conscientes de interacción.

En este trabajo examinaremos la vinculación de la dimensión no-verbal tanto con la expresión emocional como con la expresión de intenciones en el marco de las interacciones humanas. Nos basamos en el supuesto básico de que en todos los intercambios interpersonales existe, de manera paralela al nivel verbal de comunicación, un sinnúmero de formas no-verbales de comunicación –“cuerpo a cuerpo, biología a biología” (Pally, 2001, p. 72). Tal como puntualiza Keleman (1986), la forma en la que una persona establece una relación con otra persona abarca invariablemente procesos y pa-

trones de acción que corresponden a formas motoras y musculares de expresión. Una idea importante es que, en general, la comunicación emocional no-verbal está mediada por procesos de percepción y decodificación de las expresiones corporales de los demás y de las propias reacciones somáticas que transcurren principalmente fuera del foco de la conciencia. La percepción de estas claves no-verbales se basa en los sentidos, predominantemente los ojos y los oídos, y en canales perceptivos hasta la fecha menos estudiados relacionados con la propiocepción y los órganos viscerales del cuerpo.

¹ Psicólogo clínico. Docente U. de Chile, U. del Pacífico y U. del Desarrollo. Contacto: asjorquera@hotmail.com, www.sassenfeld.cl

Recurriremos, entre otras cosas, a algunas ideas provenientes de la psicología de la evolución ya que, tanto “en la evolución humana como en el desarrollo infantil temprano, la comunicación no-verbal transmitida expresivamente antecede a toda comunicación verbal” (Fuchs, 2003, p. 335) y sigue acompañándola a lo largo de toda la vida del individuo. Desde este punto de vista, gracias a los procesos de evolución el ser humano dispone de potencialidades motoras excepcionalmente elaboradas y de una capacidad importante de coordinación expresiva polirrítmica (Trevarthen & Aitken, 2001). Quedará al descubierto la relevancia de la dimensión no-verbal en términos de la adaptación y supervivencia de los seres vivos y, en especial, en términos de los procesos de comunicación e interacción que sostienen la posibilidad de una convivencia humana continua y estable. Así, destacaremos un elemento fundamental de la visión contemporánea de la dimensión no-verbal: su ligazón con la dimensión relacional.

DIMENSIÓN NO-VERBAL, EXPRESIÓN EMOCIONAL Y COMUNICACIÓN

En primer lugar, es indispensable poner al descubierto el indisoluble vínculo entre la dimensión no-verbal y los procesos de expresión emocional –en efecto, cuando hablamos acerca de la dimensión no-verbal estamos siempre, al mismo tiempo, haciendo referencia a determinados estados emocionales que se manifiestan y hacen visibles a través de la expresión corporal. Reich, en un importante trabajo titulado “El lenguaje expresivo de lo vivo en la orgonoterapia” (1945), señala que lo vivo funciona más allá de ideas y conceptos verbales. En un intento de definir la característica central de la vida, afirma que

*lo vivo se expresa en movimientos, en “movimientos expresivos”. El movimiento expresivo es una característica inherente al protoplasma. Distingue estrictamente los sistemas vivos de los no vivos. El término significa, en sentido literal, que algo del sistema vivo “tiende hacia afuera” y, en consecuencia, “se mueve”. [...] El significado literal de “emoción” es “mover hacia afuera”, que equivale a “movimiento expresivo”. El proceso físico de la emoción protoplasmática o del movimiento expresivo va siempre unido a un significado comprensible en forma inmediata, al cual llamaremos *expresión emocional*. El movimiento del protoplasma posee, pues, una expresión en el sentido de una emoción, y la emoción o la expresión de un organismo está ligada al movimiento (p. 364, cursivas del original).*

Así, tanto desde la perspectiva de la evolución de las especies como desde el punto de vista del desarrollo humano individual, la dimensión no-verbal inevitablemente remite a la dimensión afectiva en general y a las funciones principales de los estados emocionales en particular. En la actualidad, se considera que estas funciones adaptativas incluyen el procesamiento de información y la generación de significados personales orientadores, motivación y activación de tendencias específicas a la acción, comunicación y apego (Sassenfeld, 2007).

La expresión es, siguiendo a Fuchs (2003), el lenguaje de los sentimientos y la relación y regula los patrones de vinculación entre personas. La inseparabilidad de los procesos corporales expresivos y las emociones se ve demostrada en algunos estudios sobre la supresión de los propios afectos. Cuando una persona voluntaria o también inconscientemente enmascara la expresión facial de un estado emocional que se encuentra activado, a pesar de que el rostro distorsiona la expresión correspondiente a la emoción presente, pueden detectarse contracciones específicas de la musculatura de la cara y otros cambios en la activación del sistema nervioso autónomo que están vinculados con la emoción específica que se está intentando enmascarar (Pally, 2001). Otros canales no-verbales, como el tono de voz, habitualmente siguen delatando al observador entrenado la emoción existente. Al parecer, en comparación con la supresión de los aspectos expresivos verbales, la “expresión facial es más difícil de suprimir y las cualidades vocales las más difíciles de suprimir” (p. 82). La investigación del apego temprano ha mostrado algo similar: a pesar de que el infante con un patrón evitativo de apego parece no reaccionar en términos emocionales a la separación respecto de su figura de apego, un examen más minucioso pone al descubierto que su organismo registra las mismas reacciones fisiológicas de estrés que un niño que expresa abiertamente su aflicción por la separación respecto del cuidador.

Darwin (1872) fue uno de los primeros investigadores que dedicó años de observación y sistematización a la expresión emocional en los animales y en el ser humano, detallando las respuestas corporales específicas que conforman la expresión no-verbal de las diferentes emociones. Sus esfuerzos fueron en parte trans-culturales y, de este modo, pudo establecer un hecho que hasta el día de hoy guía muchas investigaciones acerca de las emociones: cada “afecto tiene un patrón distintivo que combina configuración facial, tono muscular, gesto, postura y cualidades vocales. [...] Los cambios visibles y audibles son detectados como ‘firma’ de un afecto particular” (Pally, 2001, p. 73). Focalizándose en

el aspecto motor de la expresión emocional, recientemente Boadella (2006) ha pormenorizado en este sentido algunas secuencias prototípicas de movimiento inherentes al cuerpo humano que denomina *campos motores*, secuencias que cuentan con correlatos afectivos (p. ej., flexión, torsión, extensión, oposición, activación, etc.). Se trata de patrones biológicamente dados de responsividad corporal que son activados en el transcurso del desarrollo en respuesta a las necesidades del organismo, que busca manejar la tensión entre las propias necesidades y las demandas del entorno. Desde este punto de vista, muchas y tal vez la mayor parte de las expresiones no-verbales no son aprendidas, sino que forman parte de un legado filogenético heredado².

El estudio de Darwin muestra con claridad que la expresión de afectos es un fenómeno orgánico que traspasa la frontera de las especies y que ha tenido una gran continuidad en la evolución –como vimos, Reich llega a ligar la definición de la vida como tal con los procesos expresivos. En efecto, todos los pájaros y mamíferos disponen de un amplio repertorio de señales vocales y corporales para expresar sus emociones (Bostanov & Kotchoubey, 2004). En consecuencia, la expresión emocional a través de la dimensión no-verbal debe cumplir funciones que favorecen la adaptación de los animales y del ser humano a su entorno y, con ello, su supervivencia. De acuerdo a Pally (2001), estas funciones incluyen la promoción de los cuidados tempranos de los infantes, el mejoramiento de la pertenencia y vinculación con el grupo social y la protección frente a amenazas provenientes de fuera del grupo de referencia. Un ejemplo concreto es el uso que el infante hace de la expresión afectiva del cuidador para regular su exploración del entorno: una expresión de temor o preocupación por parte de la figura de apego tiende a inhibir los movimientos exploratorios del niño (Fonagy *et al.*, 2002; Fuchs, 2003; Lecannelier, 2006). Es decir, un infante que se ve enfrentado a una situación ambigua y experimenta dificultades para seleccionar una de las alternativas conductuales disponibles “explorará la expresión facial de su madre y utilizará la información

emocional que con ello obtiene para la regulación de su propio comportamiento” (Fonagy *et al.*, 2002, p. 166). Por otro lado, el monitoreo de la expresión facial de los demás proporciona al individuo adulto información relevante acerca de cómo reaccionar de modo apropiado en encuentros interpersonales (Skuse, 2003).

Las funciones adaptativas mencionadas están íntimamente ligadas a, y dependen de, la función de comunicación que cumple la expresión afectiva no-verbal. En efecto, toda emoción expresada en un contacto intersubjetivo es fundamentalmente dialógica (Trevarthen & Aitken, 2001) y, por otro lado, toda interacción está acompañada de afectos más o menos intensos que le son transmitidos de manera continua al otro mediante gestos y una mímica expresiva muy sutil (Fuchs, 2003). Sin embargo, la mayoría de esta micro-reacción transcurre con demasiada rapidez como para ser conscientemente registrada y percibida, una situación que no les impide influenciar el comportamiento de modo significativo. Se ha comprobado, en este sentido, que una categorización no consciente gruesa de características faciales, tales como el género y la emoción presente en un rostro, puede producirse en unidades temporales tan pequeñas como 100ms y lo mismo vale para la percepción de cuerpos completos (Adolphs, 2003; De Gelder, 2006). Además, el individuo percibe incongruencias entre expresión facial y actitud corporal en los mismos 100ms. Fuchs (2003) lleva a cabo un análisis fenomenológico de la comunicación no-verbal y distingue tres momentos en estos procesos. En primer lugar, el estado afectivo de un individuo se pone de manifiesto a través de su corporalidad. Acto seguido, otro individuo percibe esta expresión, una percepción que lleva a la formación de una impresión. Es decir, la percepción de una expresión emocional desencadena sensaciones somáticas vinculadas con cualidades emocionales en el observador. De este modo, el observador experimenta algo de la persona a la que observa literalmente en su propio cuerpo. A continuación, la impresión del observador se convierte a su vez en una expresión no-verbal que provoca una impresión en el otro, “en un interjuego que transcurre en fragmentos de segundos y que modifica constantemente el estado corporal de ambos” (p. 336) habitualmente por debajo del umbral de la conciencia.

Es significativo constatar que, como muestra el trabajo de Meltzoff y otros investigadores de bebés, ya a los pocos minutos del nacimiento los infantes disponen de una especie de resonancia expresiva con funciones interpersonales que se pone de manifiesto en su capacidad de imitar ciertos gestos realizados por adultos (Beebe *et al.*, 2005; Beebe & Lachmann, 2002; Gallese,

² No obstante, también debe tomarse en consideración que las “reacciones humanas son más plásticas, menos impulsadas por los instintos y más susceptibles de dirección intencional que en el caso de otras especies. Cada individuo, en el curso del desarrollo, adquiere modalidades características de expresión emocional que son específicamente suyas” (Bucci, 2001, p. 56). Con todo, esto en nada modifica la existencia de determinados patrones filogenéticos más generales de expresión emocional.

Eagle & Migone, 2006; Lecannelier, 2006; Trevarthen & Aitken, 2001). En este contexto, se ha descubierto que la imitación no corresponde a una conducta refleja puesto que los bebés llevan a cabo pequeñas correcciones del gesto en cuestión en aproximaciones sucesivas hasta lograr la imitación completa. Tal como menciona Iacoboni (2007), la imitación está relacionada con el desarrollo de la capacidad de lectura de expresiones faciales y otros gestos corporales, y la comprensión de las intenciones de los demás. Así, puede suponerse que los infantes cuentan con una organización organizativa que les permite especificar la forma de sus movimientos corporales y, además, reaccionar con cambios dinámicos apropiados a las expresiones dinámicas de un otro. Desde este punto de vista, puede considerarse que los infantes desde un inicio son capaces de traducir una mímica percibida en términos visuales a su propia propiocepción corporal y, a continuación, a movimientos correspondientes. En total, la imitación temprana de gestos expresivos constituye un proceso de influencia mutua emocionalmente cargado de estados intencionales en el seno del cual ciertas acciones expresivas del otro son identificadas y repetidas con la finalidad de promover la comunicación (Beebe, 2004; Beebe *et al.*, 2005; Gallese, Eagle & Migone, 2006; Pally, 2005; Trevarthen & Aitken, 2001). El proceso imitativo de calzar corporalmente con las expresiones emocionales de otro es en sí mismo una forma importante de comunicación afectiva y, más allá, las respuestas imitativas se tienden a producir en momentos del flujo interactivo en los cuales a menudo actúan como afirmaciones o comentarios no-verbales respecto de la expresión del adulto.

Estas imitaciones tempranas pueden ser visualizadas como antecedentes de la tendencia humana más general a resonar automática e inconscientemente con la expresión emocional no-verbal de los demás (Beebe, 2004; Beebe *et al.*, 2005; Decety & Jackson, 2006; Lecours, 2007; Pally, 2001) –la mera percepción de una emoción en un otro crea un estado emocional resonante en quien percibe. Trevarthen y Aitken (2001) indican que se trata de una intersubjetividad innata o primaria, esto es, el infante nace con una conciencia específicamente receptiva a los estados subjetivos de otras personas. A favor del carácter primario de esta forma de intersubjetividad habla el hecho de que el infante desarrolla habilidades comunicativas no-verbales mucho antes de sus habilidades para explorar y manipular el mundo de los objetos. Como fundamento de esta sensibilidad intersubjetiva del infante en relación con las intenciones y los afectos de los demás (véase la próxima sección), se ha hipotetizado que se origina en un

espejeamiento intuitivo de los impulsos y valores sentidos que yacen detrás de los movimientos corporales de otras personas –esto es, en un calce de las motivaciones y emociones que generaron los movimientos a través de la detección de sus invariantes transmodales dinámicas y signos fisiognómicos. Las imitaciones, incluso aquellas realizadas por recién nacidos, fueron visualizadas como ofertas en una transacción de intenciones para comunicar o para lograr propósitos e “ideas” en común (Trevarthen, 2001, p. 101).

En la comunicación no-verbal espontánea la expresión de los estados emocionales que el organismo experimenta se introduce en un diálogo recíproco con otros individuos y, con ello, permite en ciertas circunstancias gatillar respuestas no-verbales necesitadas por parte de otros. En su teoría del apego, Bowlby describió de modo sistemático estos procesos en el seno de la relación temprana de apego del infante con su cuidador primario. El llanto, por ejemplo, tiende a activar en el cuidador un conjunto de reacciones no-verbales que buscan aliviar el malestar comunicado por el llanto del niño. En otras circunstancias, ciertas expresiones no-verbales tienen la finalidad de alejar al otro o de enfrentarse agresivamente a él, tal como ocurre en comportamientos relacionados con la territorialidad. Desde esta perspectiva, muchas conductas no-verbales pueden ser entendidas en función de sus consecuencias en la interacción social (Pally, 2001). Por otro lado, las claves somáticas del lenguaje del cuerpo también sirven al individuo a la inversa para conocer los estados afectivos y la naturaleza de las respuestas de los demás, posibilitando una orientación de las propias conductas y una retroalimentación no-verbal. Así, tanto la necesidad de determinadas respuestas por parte de otros como la comprensión empática de las reacciones de los demás pueden manifestarse corporalmente. En todos estos procesos, tal como ya hemos enfatizado la percepción de la expresión no-verbal del otro y el surgimiento de las expresiones emocionales propias, son fenómenos que tienden a producirse sin la mediación de la conciencia. En total, la “capacidad para codificar o expresar y para decodificar o entender claves no-verbales es crucial para la comunicación de emociones [...]” (Schachner, Shaver & Mikulincer, 2005, p. 141).

DIMENSIÓN NO-VERBAL, INTENCIONALIDAD E INTERACCIÓN

En muchas situaciones, dada su eficacia probada a lo largo de la evolución de las especies, los elementos no-verbales sirven mejor que las palabras al propósito de

comunicar significados entre individuos –sin importar que a menudo tanto la emisión como la recepción de tales significados ocurra de modo no consciente. En este contexto, la expresión emocional a través del cuerpo comunica no sólo estados afectivos sino también las intenciones del sujeto, las evaluaciones subjetivas que hace de la interacción existente y su disposición a actuar (Lecannelier, 2006; Pally, 2001; Parkinson, 2005; Sassenfeld, 2007; Trevarthen, 2001; Trevarthen & Aitken, 2001). Adolphs (2003) señala que ya un infante es capaz de atribuir intencionalidad a estímulos visuales que implican movimiento.

En efecto, de acuerdo a Trevarthen y Aitken (2001) en el ser humano las intenciones inician “movimientos coordinados de todo el cuerpo del tipo de movimientos que se involucran con el entorno e inician ajustes musculares parciales tales como mirar con los ojos, volver la cabeza para escuchar o alcanzar para tocar con los dedos” (p. 17). Así, puede suponerse la existencia de un nivel básico de la experiencia que está organizado en torno a la intencionalidad y que, visto desde afuera, consiste en la “lectura” de afectos y acciones en términos de intenciones (BCPSG, 2007). Algunos investigadores incluso consideran, desde el punto de vista de la psicología de la evolución, que los primates traen consigo una tendencia intrínseca a percibir e interpretar el comportamiento de otros primates en base a intenciones y motivaciones, una tendencia que el ser humano ha heredado. Esta tendencia, que puede ser considerada un resultado de la evolución, entre otras, cosas puede contribuir a posibilitar la predicción de las conductas de los demás (Pally, 2007).

Ya decíamos que una de las funciones de los afectos es la activación de tendencias adaptativas a la acción que posibilitan al organismo enfrentar y resolver las situaciones externas que enfrenta. En este sentido, la expresión no-verbal y los campos motores están vinculados con ciertas intencionalidades (Boadella, 1997) que, en el caso de los intercambios vinculares entre seres humanos, tienden a manifestarse como intenciones relacionales respecto del otro (Sassenfeld, 2006). De esta manera, una gran parte del lenguaje corporal no consciente en una interacción contiene intencionalidades dirigidas específicamente al otro, como acercarse, alejarse, empujar, atraer, oponerse, contactar, esconderse, etc. Al igual que lo descrito en la sección previa, la percepción de tales intenciones relacionales transcurre en gran medida de modo no consciente y, más allá, los investigadores de infantes han empezado a acumular evidencia de que la capacidad para captar los estados intencionales de una persona observada e interpretar intuitivamente el comportamiento dirigido

a metas está presente desde el primer año de vida del infante (Geissler, 2001; Lecannelier, 2006; Stern, 1995; Trevarthen & Aitken, 2001). Y, lo que es más, estudios experimentales han mostrado que los infantes conceden prioridad a la intención inferida de un comportamiento por sobre la acción misma. En otras palabras, la tarea primaria del infante parece consistir en la aprehensión de intenciones a partir de la observación de las acciones de los demás (BCPSG, 2007).

En las últimas décadas, la problemática de cómo un individuo aprende a entender la conducta de los demás y a atribuirle un sentido se ha convertido en una temática a la que se ha dedicado mucha atención. En las ciencias cognitivas, una teoría explicativa relevante se ha focalizado en la denominada “teoría de la mente”; es decir, en la capacidad del ser humano para construir una teoría subjetiva respecto de que las acciones de los demás individuos, al igual que las propias, están motivadas por la existencia de estados mentales subyacentes. En numerosas publicaciones, Fonagy y sus colaboradores (2002) han operacionalizado esta capacidad a través del concepto de mentalización o función reflexiva. La posibilidad de la mentalización está íntimamente ligada al desarrollo de una “postura intencional” basal en relación con la comprensión y predicción de las conductas de otras personas, desarrollo que comienza en la temprana infancia en las interacciones cuidador-infante. La investigación indica que el infante comienza al menos a partir de los nueve meses a percibir la intención que subyace a las conductas de su cuidador, cuando empieza a mirar en la dirección en la que el dedo de su cuidador señala en vez de mirar el dedo mismo (Pally, 2007). Esta postura intencional explica el propio comportamiento en términos de estados intencionales-motivacionales y, en consecuencia, también el comportamiento de los demás de la misma forma.

La perspectiva de la teoría de la mente, sin embargo, hasta la fecha parece no haber sido asociada concreta y sistemáticamente a la dimensión no-verbal, al margen de que conductas y acciones son en esencia fenómenos corporales expresivos. Más allá, estas ideas por lo común hacen referencia más bien a procesos de carácter cognitivo, sin enfatizar en la conceptualización la aprehensión corporal más inmediata, inconsciente y no simbólica que hemos estado subrayando como fenómeno esencial en las interacciones diádicas. No obstante, Pally (2007) se ha referido recientemente a la teoría de la mente como una capacidad cognitiva humana que opera de modo no consciente y que permite al sujeto, al mismo tiempo, automáticamente inferir que los demás tienen mentes y estados mentales como los nuestros y

entender que los estados mentales están relacionados con el comportamiento explícito. Los estados mentales, tal como hemos dicho, abarcan las intenciones y, de esta manera, la mentalización convierte las conductas ajenas en acciones cargadas de significado que pueden ser predichas. En este sentido, el individuo registra el comportamiento observable de la otra persona, “incluyendo sus palabras y gestos no-verbales, el contexto presente y las experiencias pasadas con esa persona, y de forma no consciente lleva a cabo una predicción respecto de los contenidos mentales más probables de la mente del otro” (p. 872). Desde este punto de vista, la mentalización implica que el individuo tiende a reaccionar respecto de las intenciones inferidas del otro más que respecto de sus conductas perceptibles en sí mismas.

El Boston Change Process Study Group (BCPSG, 1998, 2002, 2005, 2007), por su parte, establece un puente claro entre la percepción de intenciones en la comunicación no-verbal y los procesos no conscientes mediante los cuales ésta se produce. Advierten que, de hecho, un problema central en el intento de entender las interacciones humanas es que, a diferencia de las acciones, las intenciones asociadas a ellas deben ser inferidas puesto que no son observables –y esto vale tanto para observadores externos como para quienes interactúan. En uno de sus primeros trabajos, enfatizaron que en toda interacción se ponen de manifiesto dos metas intersubjetivas simultáneas (Stern *et al.*, 1998). Por un lado, la díada que interactúa busca llegar a una meta concreta mediante el calce de sus conductas, como en la resolución de una tarea conjunta. Por otro lado, y de mayor importancia para nuestro propósito, quienes interactúan se encuentran en el paralelo proceso continuo de acceder a un reconocimiento mutuo de las intenciones que fundamentan sus respectivas acciones, lo que implica la percepción recíproca de las motivaciones del otro. En este sentido, ambos actúan “en formas que comunican intenciones y están infiriendo las intenciones del otro. Cada uno está involucrado en una búsqueda intersubjetiva por negociar el mejor calce posible entre sus propias intenciones y las del otro” (BCPSG, 2002, p. 1054).

La segunda meta intersubjetiva en general no transcurre en el nivel de los actos verbales conscientes, sino en el nivel de los actos o movidas relacionales³

no-verbales que emergen en el flujo constante de las acciones que cada uno introduce en el intercambio de forma sutil:

Aunque cualquier movida relacional dada puede ser el resultado de procesos muy abstractos de pensamiento, la mayoría de las transacciones relacionales se fundamenta en un sustrato de claves afectivas que proporcionan una valencia evaluativa o dirección a cada comunicación relacional y estas comunicaciones son llevadas a cabo en un nivel implícito de rápida emisión de señales y respuestas que se produce con demasiada rapidez para una traducción verbal y reflexión consciente simultáneas [...] Por lo tanto, el calce de una movida relacional en relación con las metas conjuntas de la díada probablemente sea percibido o aprehendido de modo típico en términos directos más que ser conocida reflexivamente en el momento (Lyons-Ruth, 2000, pp. 91-92).

Así, la meta de reconocimiento intersubjetivo mutuo no necesariamente requiere de la conciencia para lograrse; puede manifestarse en momentos en los que las acciones de ambos calzan en términos de complementariedad sin que las movidas relacionales involucradas se conviertan en objeto de atención o estén disponibles para la reflexión consciente. El reconocimiento mutuo puede experimentarse como aprehensión directa del mayor calce de las conductas de quienes interactúan al servicio de metas compartidas. Por lo común, el reconocimiento del calce de intenciones es comunicado al otro a través de una determinada movida relacional.

Con posterioridad, el BCPSG (2002, 2005, 2007) ha insistido en que la inferencia de intenciones es una modalidad fundamental de funcionamiento del cerebro para comprender a los demás y en que, en toda interacción, los participantes tienen intenciones relacionales uno respecto del otro (p. ej., estar juntos o no, o de otra forma, hacer cosas juntos o no, etc.) que se expresan en el plano de las movidas relacionales no-verbales. Esta idea relacionaliza el concepto de los campos motores de Boadella, descrito en la sección anterior, al vincular intenciones relacionales con expresiones corporales comunicativas. La inferencia de intenciones orienta las

³ El concepto de la movida relacional hace referencia a una unidad interactiva pequeña y “designa la parte más pequeña de la acción verbal o no-verbal que puede ser analizada sintácticamente como intención intersubjeti-

va” (BCPSG, 2002, p. 1058). Las movidas relacionales están compuestas por fenómenos verbales y no-verbales tales como frases habladas, silencios, gestos y cambios de postura o tema (BCPSG, 2005).

propias reacciones respecto de las conductas del otro y, más allá, transcurre en general de forma continua aunque no consciente:

El análisis sintáctico de intenciones es una cuestión crítica a la que se enfrentan cualesquiera dos individuos que interactúan. La relación entre la acción observada y la intención inferida es aproximada. El análisis sintáctico de la acción en intenciones o significados a menudo requiere redundancia en las secuencias interactivas de manera que potenciales “lecturas” alternativas puedan ser evaluadas y descartadas. [...] Cada uno no sólo está llevando a cabo acciones e infiriendo intenciones, sino que también está teniendo un efecto a la hora de dar forma a las acciones e intenciones del otro en la medida en la que emergen (2002, p. 1058).

Desde este punto de vista, tienen que existir mecanismos de retroalimentación que señalen a quienes interactúan si acaso sus intenciones calzan o no y de qué forma. Tales mecanismos son, por supuesto, de carácter no consciente y están basados en la percepción y decodificación sub-simbólica de las claves somáticas expresivas de los demás. El BCPSG considera que las intenciones de ambos cambian en la medida en la que cada uno lleva a cabo micro-ajustes respecto del otro en base a la evaluación del calce de sus movidas relacionales.

REFLEXIONES FINALES

En este trabajo hemos examinado la vinculación de la dimensión no-verbal con la expresión emocional y con la manifestación y reconocimiento de intenciones en el contexto de las interacciones entre individuos. Hemos enfatizado algunos aspectos relacionados con el valor adaptativo de la expresión no-verbal y, en especial, los procesos no conscientes de codificación y decodificación de las claves corporales expresivas involucradas en los intercambios interpersonales. Con ello, hemos intentado contribuir al desarrollo de una comprensión contemporánea de la dimensión no-verbal sobre la base de los hallazgos actuales en campos de estudio como la investigación de infantes, la teoría del apego y la investigación clínica del cambio en el seno de la interacción psicoterapéutica.

REFERENCIAS

1. Adolphs R. Cognitive neuroscience of human social behaviour. *Nature Reviews Neuroscience* 2003; 4: 165-176
2. BCPSG (Boston Change Process Study Group). Explicating the implicit: The local level and the microprocess of change in the analytic situation. *International Journal of Psychoanalysis* 2002; 83: 1051-1062
3. BCPSG (Boston Change Process Study Group). The “something more” than interpretation revisited: Sloppiness and co-creativity in the psychoanalytic encounter. *Journal of the American Psychoanalytic Association* 2005; 53 (3): 693-729
4. BCPSG (Boston Change Process Study Group). The foundational level of psychodynamic meaning: Implicit process in relation to conflict, defense, and the dynamic unconscious. *International Journal of Psychoanalysis* 2007; 88: 1-16
5. Beebe B. Faces in relation: A case study. *Psychoanalytic Dialogues* 2004; 14 (1): 1-51
6. Beebe B, Knoblauch S, Rustin J, Sorter D. *Forms of Intersubjectivity in Infant Research and Adult Treatment*, Other Press, New York, 2005
7. Beebe B, Lachmann F. *Säuglingsforschung und die Psychotherapie Erwachsener*, Klett-Cotta, Stuttgart, 2002
8. Boadella D. Embodiment in the therapeutic relationship: Main speech at the First Congress of the World Council of Psychotherapy, Vienna, 1-5 July 1996. *International Journal of Psychotherapy* 1997; 2 (1)
9. Boadella D. Shape postures and postures of the soul: The biosynthesis concept of motoric fields. *The USA Body Psychotherapy Journal* 2006a; 5 (1): 53-65
10. Bostanov V, Kotchoubey B. Recognition of affective prosody: Continuous wavelet measures of event-related brain potentials to emotional exclamations. *Psychophysiology* 2004; 41: 259-268
11. Darwin C. *La expresión de las emociones en los animales y en el hombre*, Alianza Editorial, Madrid, 1872
12. Decety J, Jackson P. A social-neuroscience perspective on empathy. *Current Directions in Psychological Science* 2006; 15 (2): 54-58
13. De Gelder B. Towards the neurobiology of emotional body language. *Nature Reviews Neuroscience* 2006; 7: 242-249
14. Fonagy P, Gergely G, Jurist E, Target M. *Affektregulierung, Mentalisierung und die Entwicklung des Selbst*, Klett-Cotta, Stuttgart, 2002
15. Fuchs T. Non-verbale Kommunikation: Phänomenologische, entwicklungspsychologische und therapeutische Aspekte. *Zeitschrift für klinische Psychologie, Psychiatrie und Psychotherapie* 2003; 51: 333-345
16. Gallese V, Eagle M, Migone P. Intentional attunement: Mirror neurons and the neural underpinnings of interpersonal relations. *Journal of the American Psychoanalytic Association* 2006; 55 (1): 131-176
17. Geissler P. Präverbale Interaktion: Die Videomikroanalyse als Basis für neue körperpsychotherapeutische Konzeptbildungen. *Psychotherapie Forum* 2001; 9: 99-111
18. Iacoboni M. Face to face: The neural basis of social mirroring and empathy. *Psychiatric Annals* 2007; 37 (4): 236-241
19. Keleman S. *Körperlicher Dialog in der therapeutischen Beziehung*, Kösel Verlag, München, 1986
20. Lecannelier F. *Apego e intersubjetividad: Influencia de los vínculos tempranos en el desarrollo humano y la salud mental*, LOM Ediciones, Santiago de Chile, 2006

21. Lecours S. Supportive interventions and nonsymbolic mental functioning. *International Journal of Psychoanalysis* 2007; 88: 895-915
22. Lyons-Ruth K. "I sense that you sense that I sense...": Sander's recognition process and the specificity of relational moves in the psychotherapeutic setting. *Infant Mental Health Journal* 2000; 21: 85-98
23. Pally R. A primary role for nonverbal communication in psychoanalysis. *Psychoanalytic Inquiry* 2001; 21 (1): 71-93
24. Pally R. The predicting brain: Unconscious repetition, conscious reflection and therapeutic change. *International Journal of Psychoanalysis* 2007; 88: 861-881
25. Parkinson B. Do facial movements express emotions or communicate motives? *Personality and Social Psychology Review* 2005; 9 (4): 278-311
26. Reich W. El lenguaje expresivo de lo vivo en la orgonterapia. En Reich W. *Análisis del carácter*. Paidós, Buenos Aires, pp. 361-398
27. Sassenfeld A. Lenguaje corporal e intencionalidad relacional. Ponencia en las VII. Jornadas Clínicas de la Clínica de Atención Psicológica (CAPs), Departamento de Psicología, Universidad de Chile, 2006
28. Sassenfeld A. *Afecto, regulación afectiva y vínculo: Contornos de una perspectiva relacional sobre el desarrollo del self, la psicopatología y los procesos psicoterapéuticos*. Manuscrito inédito, 2007
29. Schachner D, Shaver P, Mikulincer M. Patterns of nonverbal behavior and sensibility in the context of attachment relationships. *Journal of Nonverbal Behavior* 2005; 29 (3): 141-169
30. Skuse D. Fear recognition and the neural basis of social cognition. *Child and Adolescent Mental Health* 2003; 8 (2): 50-60
31. Stern D. *La constelación maternal: La psicoterapia en las relaciones entre padres e hijos*, Paidós, Barcelona, 1995
32. Stern D, Sander L, Nahum J, Harrison A, Lyons-Ruth K, Morgan A, Bruschiweiler-Stern N, Tronick E. Non-interpretive mechanisms in psychoanalytic therapy: The "something more" than interpretation. *International Journal of Psychoanalysis* 1998; 79: 903-921
33. Trevarthen C. Intrinsic motives for companionship in understanding: Their origin, development, and significance for infant mental health. *Infant Mental Health Journal* 2001; 22 (1-2): 95-131
34. Trevarthen C, Aitken K. Infant intersubjectivity: Research, theory, and clinical applications. *Journal of Child Psychology and Psychiatry* 2001; 42 (1): 3-48